La Segunda Epístola de Clemente a los Corintios

CAPÍTULO 1

1 Hermanos, debemos pensar en Jesucristo como en Dios: como en el juez de los vivos y de los muertos; y no debemos pensar menos de nuestra salvación.
2 Porque si pensamos mal de él, solo esperaremos recibir de él algunas cosas pequeñas.
3 Y si hacemos esto, pecaremos, sin considerar de dónde hemos sido llamados, y por quién, y a qué lugar, y cuánto se dignó Jesucristo a sufrir por nosotros.
4 ¿Qué recompensa le daremos? ¿O qué fruto digno de lo que nos ha dado?
5 Porque, en verdad, ¿cuán grandes son las ventajas que le debemos en cuanto a nuestra santidad? Él nos ha iluminado: como un padre, nos ha llamado hijos suyos; nos ha salvado a nosotros que estábamos perdidos y desamparados.
6 ¿Qué alabanza le daremos? ¿O qué recompensa será digna de lo que hemos recibido?
7 Éramos faltos de entendimiento; adorábamos piedras y madera; oro, plata y bronce, obras de manos humanas; y toda nuestra vida no era otra cosa que muerte.
8 Por tanto, estando envueltos en tinieblas y teniendo tal niebla ante nuestros ojos, hemos alzado la vista, y por su voluntad hemos quitado la nube que nos envolvía.
9 Porque tuvo compasión de nosotros, y movido en sus entrañas hacia nosotros, nos salvó; habiendo visto en nosotros mucho error y destrucción, y viendo que no teníamos esperanza de salvación, sino solo por medio de él.
10 Porque nos llamó a nosotros que no éramos, y se complació en darnos la existencia de la nada.

CAPÍTULO 2

1 ¡Alégrate, tú estéril, que no das a luz! ¡Prorrumpe en gritos de júbilo, tú que no tienes dolores de parto! Porque la desolada tiene muchos más hijos que la que tiene marido.
2 Al decir: «Alégrate, tú que eres estéril, que no das a luz», hablaba de nosotros; porque nuestra iglesia era estéril antes de que le fueran dados hijos.
3 Y de nuevo; cuando dijo, Clama tú que no sufres dolores de parto; quiso decir lo siguiente: Que a la manera de las mujeres que sufren dolores de parto, no debemos dejar de elevar nuestras oraciones a Dios abundantemente.
4 Y por lo que sigue, porque la que está desolada tiene más hijos que la que tiene marido: se añadió, pues, porque nuestro pueblo que parecía haber sido abandonado por Dios, ahora que cree en él, ha llegado a ser más que los que parecían tener a Dios.
5 Y otra Escritura dice: No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento. Lo cual significa que los que estaban perdidos deben ser salvos.
6 Porque lo verdaderamente grande y maravilloso es no confirmar lo que está en pie, sino lo que está cayendo.
7 Así también a Cristo le pareció bien salvar lo que se había perdido; y cuando vino al mundo, salvó a muchos, y nos llamó a nosotros que ya estábamos perdidos.
8 Puesto que nos ha mostrado tanta misericordia, y principalmente por eso, nosotros que vivimos ya no sacrificamos a dioses muertos, ni les rendimos culto, sino que por él hemos llegado al conocimiento del Padre de la verdad.
9 ¿Cómo demostraremos que le conocemos, sino no negándolo, pues por medio de él hemos llegado a conocerle?
10 Porque él mismo dice: «A cualquiera que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre». Esta es, pues, nuestra recompensa: si confesamos a aquel por quien hemos sido salvados.
11 Pero, ¿cómo debemos confesarlo? —Es decir, haciendo lo que él dice y no desobedeciendo sus mandamientos; adorándolo no solamente con los labios, sino con todo el corazón y con toda la mente. Porque él dice en Isaías: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí.
12 Así que no le llamemos solamente Señor, porque eso no nos salvará. Porque él dice: No todo el que me dice Señor, Señor, será salvo, sino el que practica la justicia.
13 Por tanto, hermanos, confesémosle por nuestras obras: amándonos unos a otros; no cometiendo adulterio, no hablando mal unos de otros, no envidiándonos unos a otros, sino siendo sobrios, misericordiosos y buenos.
14 Compartamos también el sufrimiento mutuo, y no seamos codiciosos de dinero; antes bien, confesemos a Dios por nuestras buenas obras, y no por las que son de otra manera.
15 No temamos a los hombres, sino a Dios. Por tanto, si hiciéramos tales maldades, Jehová ha dicho: Aunque estuvierais unidos a mí, incluso en mi seno, y no guardarais mis mandamientos, yo os desecharía y os diría: Apartaos de mí; no sé de dónde venís, hacedores de maldad.

CAPÍTULO 3

1 Por tanto, hermanos, dejando voluntariamente por causa de conciencia nuestra morada en este mundo, hagamos la voluntad de aquel que nos llamó, y no temamos partir de este mundo.
2 Porque el Señor dice: Seréis como ovejas en medio de lobos. Pedro respondió: ¿Y si los lobos despedazan a las ovejas? Jesús le dijo a Pedro: No teman las ovejas a los lobos después de muertas. Tampoco teman ustedes a los que los matan, pues después de muertos no tienen nada más que hacerles; teman más bien a aquel que, después de muertos, tiene poder para arrojar el alma y el cuerpo al infierno.
3 Porque consideren, hermanos, que la permanencia de esta carne en este mundo es corta y breve, pero la promesa de Cristo es grande y maravillosa, el resto del reino venidero y la vida eterna.
4 ¿Qué debemos hacer, pues, para alcanzarla? Debemos ordenar nuestra conducta santa y justa, y considerar todas las cosas de este mundo como ajenas a nosotros, sin desearlas. Porque si deseamos poseerlas, nos apartamos del camino de la justicia.
5 Porque así dice el Señor: «Ningún siervo puede servir a dos amos». Así pues, si deseamos servir a Dios y a las

riquezas, será en vano. Porque ¿de qué le sirve a uno ganar el mundo entero si pierde su alma?
6 Ahora bien, este mundo y el venidero son dos enemigos. Esto habla de adulterio y corrupción, de codicia y engaño; pero renuncia a estas cosas.
7 Por lo tanto, no podemos ser amigos de ambos; sino que debemos renunciar a uno para disfrutar del otro. Y pensamos que es mejor odiar las cosas presentes, por ser pequeñas, efímeras y corruptibles, y amar las venideras, que son verdaderamente buenas e incorruptibles.
8 Porque si hacemos la voluntad de Cristo, hallaremos descanso; pero si no, nada nos librará del castigo eterno si desobedecemos sus mandamientos. Pues así dice la Escritura en el profeta Ezequiel: «Aunque Noé, Job y Daniel se levantaran, no librarían a sus hijos del cautiverio».
9 Por tanto, si tales justos no pueden, por su justicia, librar a sus hijos, ¿cómo podemos esperar entrar en el reino de Dios, a menos que mantengamos nuestro bautismo santo e inmaculado? ¿O quién será nuestro abogado, a menos que se halle que hemos practicado lo santo y lo justo?
10 Así pues, hermanos míos, luchemos con toda diligencia, sabiendo que la batalla está cerca y que muchos emprenden largos viajes para enfrentarse a ellos por una recompensa corruptible.
11 Y sin embargo, no todos son coronados, sino solo aquellos que trabajan mucho y luchan con gloria. Así pues, luchemos para que todos seamos coronados. Corramos por el camino recto, la carrera incorruptible; y participemos en gran número para alcanzarla, luchando por recibir la corona. Pero si no podemos ser coronados todos, acerquémonos a ella como podamos.
12 Además, debemos considerar que aquel que participa en un combate corruptible, si se le encuentra haciendo algo injusto, es apresado, azotado y expulsado de la contienda. ¿Qué pensáis, pues, que sufrirá aquel que haga algo inapropiado en el combate por la inmortalidad?
13 Así dice el profeta acerca de los que no guardan su sello: Su gusano no morirá, y su fuego no se apagará; y serán un espectáculo para toda carne.
14 Arrepintámonos, pues, mientras aún estamos en la tierra, porque somos como barro en manos del alfarero. Así como el alfarero, si hace una vasija y esta se deforma o se rompe en sus manos, la vuelve a moldear; pero si la ha echado en el horno de fuego, ya no puede remediarla.
15 Así que nosotros, mientras estamos en este mundo, debemos arrepentirnos de todo corazón de todo mal que hayamos hecho en la carne, mientras aún tenemos tiempo de arrepentimiento, para que seamos salvos por el Señor.
16 Porque después de haber salido de este mundo, ya no podremos confesar nuestros pecados ni arrepentirnos en el otro.
17 Por tanto, hermanos, hagamos la voluntad del Padre, mantengamos pura nuestra carne y guardemos los mandamientos del Señor, para alcanzar la vida eterna; porque el Señor dice en el evangelio: Si no habéis guardado lo poco, ¿quién os dará lo mucho? —Porque os digo que el que es fiel en lo poco, también es fiel en lo mucho.
18 Por tanto, esto es lo que él dice: Mantengan sus cuerpos puros, y su sello sin mancha, para que reciban la vida eterna.

CAPÍTULO 4

1 Y que nadie de vosotros diga que esta carne misma no es juzgada, ni resucitada. Considerad, ¿en qué fuisteis salvados?, ¿en qué teníais puesta la mirada, si no mientras estabais en esta carne?
2 Por lo tanto, debemos conservar nuestra carne como templo de Dios. Porque de la misma manera que fuisteis llamados en la carne, así también seréis juzgados en la carne. Nuestro único Señor Jesucristo, quien nos salvó, siendo primero espíritu, se hizo carne y nos llamó así; así también nosotros en esta carne recibiremos la recompensa.
3 Así pues, amémonos unos a otros, para que alcancemos el reino de Dios. Mientras tengamos tiempo de sanar, encomendémonos a Dios nuestro médico, dándole a él nuestra recompensa.
4 ¿Y qué recompensa le daremos? —El arrepentimiento de un corazón puro. Porque él conoce todas las cosas de antemano y escudriña nuestros corazones.
5 Alabémosle, pues, no solamente de boca, sino con toda nuestra alma, para que nos reciba como hijos. Porque así dijo el Señor: «Estos son mis hermanos, los que hacen la voluntad de mi Padre».
6 Por tanto, hermanos míos, hagamos la voluntad del Padre que nos llamó, para que vivamos. Busquemos la virtud y abandonemos la maldad que nos lleva al pecado; y huyamos de toda impiedad, para que el mal no nos alcance.
7 Porque si nos esforzamos por vivir bien, la paz nos seguirá. Sin embargo, ¿cuán difícil es encontrar a alguien que lo haga? Casi todos se dejan llevar por los temores humanos, prefiriendo los placeres presentes a la promesa del futuro.
8 Porque no saben cuán grande es el tormento que traen consigo los placeres presentes, ni cuáles son las delicias que prometen los placeres futuros.
9 Y si ellos mismos hicieran esto, sería más fácil soportarlo; pero ahora siguen infectando almas inocentes con sus doctrinas malignas, sin saber que tanto ellos mismos como los que los oyen recibirán una doble condenación.
10 Por tanto, sirvamos a Dios con corazón puro, y seremos justos; pero si no le servimos porque no creemos en la promesa de Dios, seremos miserables.
11 Porque así dice el profeta: Desdichados los de doble ánimo que dudan en su corazón y dicen: Estas cosas las hemos oído en tiempos de nuestros padres, pero no las hemos visto, aunque las esperábamos día tras día.
12 ¡Oh, insensatos! Compárense con un árbol; tomen como ejemplo la vid. Primero pierde sus hojas, luego brota, después vienen las uvas agrias, luego el fruto maduro; así también mi pueblo ha sufrido sus trastornos y aflicciones, pero de ahora en adelante recibirá cosas buenas.
13 Por tanto, hermanos míos, no dudemos en nuestro corazón, sino esperemos con esperanza, que recibiremos nuestra recompensa; porque fiel es aquel que ha prometido que dará a cada uno según sus obras.
14 Si, pues, hacemos lo que es justo delante de Dios, entraremos en su reino, y recibiré las promesas que ni ojo vio, ni oído oyó, ni han entrado en el corazón del hombre.
15 Por tanto, esperemos a cada hora el reino de Dios en amor y justicia, porque no sabemos el día de su aparición.

CAPÍTULO 5

1 Porque el Señor mismo, al ser preguntado por cierta persona: «¿Cuándo vendrá su reino?», respondió: «Cuando los dos sean uno, y lo de afuera sea como lo de adentro; y el varón con la hembra, y no varón ni hembra».
2 Ahora bien, cuando dos son uno, cuando nos decimos la verdad el uno al otro, y en dos cuerpos hay (sin hipocresía) una sola alma:
3 Y lo de afuera es como lo de adentro;—Esto quiere decir: llama alma a lo que está adentro, y cuerpo a lo que está afuera. Así como se ve tu cuerpo, así se vea tu alma por sus buenas obras.
4 Y el macho con la hembra ni macho ni hembra;—Esto es lo que quiere decir; llama a nuestra ira el macho, a nuestra concupiscencia la hembra.
5 Por tanto, cuando un hombre llega a tal punto que no está sujeto ni a una ni a la otra de estas dos cosas (ambas, por la prevalencia de la costumbre y una mala educación, nublan y oscurecen la razón),
6 Pero más bien, habiendo disipado la niebla que sale de ellos, y estando lleno de vergüenza, por el arrepentimiento habrá unido su alma y su espíritu en la obediencia de la razón; entonces, como dice Pablo, no hay en nosotros ni varón ni mujer.